



www.loqueleo.com/ec

© Del texto: Oscar Wilde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-764-1

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2015

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Marzo 2017

Décima segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Prólogo: Jorge Accame

Estudio: Juan José Delaney

Diseño de cubierta: Roberto Peñailillo Farías


Imagen de cubierta: Shutterstock

Actividades: Yanette Lantigua

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El fantasma de Canterville y otros cuentos

Oscar Wilde



loqueleo

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Prólogo	9
El amigo fiel	15
El ruiseñor y la rosa	37
El fantasma de Canterville	51
Estudio de <i>El fantasma de Canterville y otros cuentos</i>	113
Cuaderno de análisis	137

9

Mi primer recuerdo de los escritos de Wilde se remonta a la adolescencia. Un puñado de frases escogidas y las obras de teatro *La importancia de llamarse Ernesto* y *El abanico de lady Windermere* produjeron en mí simultáneamente admiración incondicional y una rara incomodidad. Descubrí un sentido del humor distinto del que conocía. Un humor valiente que enfrentaba la tragedia de la vida con la distancia de quien puede mirar desde afuera y ver el ridículo.

Wilde nació y vivió en un tiempo y un país lejanos. Sin embargo, había algo en el ambiente en que yo me criaba (los modales de mis abuelos, las conversaciones, la atmósfera de las casas) que guardaba cierta afinidad con las descripciones de los lugares y los personajes de sus libros.

Cuando en Europa aún no se extinguía la rebelión de los románticos, el reinado de Victoria, que se extendió de 1837 a 1901, dio a Inglaterra años de gran desarrollo industrial, prosperidad material y valores burgueses.

Me parece que en Oscar Wilde luchan las dos tendencias de aquella época. En él confluyen los inadaptados ecos del Romanticismo y el hipnótico placer del bienestar que otorga la riqueza; la voluntad de enfrentar a una sociedad conformista hasta sus últimas consecuencias y la necesidad de ser aceptado por ella. “Lo peor que hay en el mundo, aparte de que hablen mal de uno, es que no hablen de uno”, dijo alguna vez el escritor. Acaso, en el fondo, esta frase revele una ingenua ilusión de ser reconocido por la misma sociedad que él desafiaba.

En 1881 Oscar Wilde viajó a los Estados Unidos de América. Allí residió durante un año y dio varias conferencias sobre el arte, que aumentaron su prestigio y le proporcionaron recursos económicos. Pero quizá lo más interesante de la travesía haya sido el contacto que estableció con la cultura norteamericana: una cultura peligrosamente confiada en el deseo de un progreso científico insaciable. Podemos imaginar que varios de los personajes de “El fantasma de Canterville” empezaron a bullir en la cabeza y en el corazón del escritor desde entonces.

Con una ingeniosa síntesis, en esta “novela” Wilde personifica al materialismo triunfante de fin de siglo en los advenedizos estadounidenses

y al todavía indignado romanticismo, en los conservadores ingleses.

Wilde insiste en señalar las diferencias entre ambas culturas. Cuando lord Canterville le vende el castillo, con el fantasma incluido, al práctico y norteamericano señor Otis, el narrador dice que Inglaterra tiene mucho en común con Estados Unidos, excepto el idioma. Hablar el mismo idioma es mucho más que compartir una gramática y un vocabulario: cuando lord Canterville y el señor Otis dicen “fantasma” se refieren a cosas distintas.

Exhausto y desalentado después de su último fracaso en el intento de asustar a la familia Otis, el fantasma de sir Simon concluye que los norteamericanos no lo merecen porque no tienen la capacidad de entenderlo. Wilde propone una suerte de conciliación en la figura de la hija del señor Otis, la joven y dulce Virginia, quien con su inocencia permite que el alma en pena de Simon Canterville descanse en paz, definitivamente a salvo de la pesadilla norteamericana.

En “El ruiseñor y la rosa” y en “El amigo fiel”, Wilde trabaja variantes de la fábula y el cuento popular. El primero muestra un escenario en el que combaten el amor y el pensamiento lógico. Un estudiante se lamenta porque no puede hallar

una rosa roja para conquistar a su amada; el ruiseñor lo escucha y, conmovido por su llanto, piensa que ha conocido al “verdadero enamorado”. Finalmente su pureza de sentimientos no es correspondida ni por la muchacha ni por el estudiante.

“El amigo fiel”, en cambio, es un ejemplo que refiere un pájaro a otros animales, sobre la amistad entre los hombres. Aquí el espíritu práctico del molinero Hugo se opone a la nobleza del jardinero Hans. No importa que el jardinero lleve su generosidad hasta la exasperación, Hugo siempre responde con bellos y tajantes argumentos que sólo disfrazan su egoísmo: “Muchos obran bien; pero pocos saben hablar bien, lo cual prueba que hablar es, con mucho, la cosa más difícil, así como la más hermosa de las dos”. Según Hugo, la belleza de las palabras eclipsa la belleza de las acciones. Con este concepto, el molinero justifica su hipocresía y señala el valor de la retórica en una sociedad injusta.

Ambos textos, por momentos de apariencia recargada e ingenua, apelan a una ironía cruel. Wilde los utiliza para satirizar la naturaleza humana y las formas sociales, y, a través del sarcasmo, cuestionar también la fábula con moraleja que él mismo está escribiendo.

“El amigo fiel” y “El ruiseñor y la rosa”, junto a otros textos que Wilde escribió —en parte para

leer a sus hijos—, fueron incluidos en el libro, publicado en 1888, *El príncipe feliz*. En cambio, “El fantasma de Canterville” pertenece al volumen *El crimen de lord Arthur Savile, y otros cuentos* (1891).

Cuando disfrutaba del mayor éxito de su carrera como escritor y autor teatral, en 1895, Oscar Wilde debió afrontar un juicio por homosexualidad en el que se lo declaró culpable y se lo condenó durante dos años a trabajos forzados en prisión. Así la moralista Inglaterra victoriana, que celebraba sus textos llenos de observaciones mordaces sobre la sociedad, lo juzgó y lo despenó a los abismos. En 1898 Wilde compuso “La balada de la cárcel de Reading”, un largo y hermoso poema donde describe el encierro “bajo el pequeño toldo de azul que los prisioneros llaman cielo” y recuerda que “todos los hombres matan lo que aman”.

La utopía es el lugar natural donde habitan las palabras de Wilde. Maestro de la paradoja, deseaba agrandar con su incorrección a quienes agraviaba. Y es que, como saben los auténticos apasionados, existe un pasaje secreto y brevísimo entre el amor y el odio.

Es posible que esta franqueza desafiante sea lo más encantador de Wilde. Mostrar que el hombre es complejo y ambiguo, no sólo con la obra sino sobre todo con la propia vida, es un gesto que

nos fascina y nos resulta provocador aún en este siglo, en el cual pretendemos haber superado tantos prejuicios y seguimos siendo en muchos sentidos tan conservadores como en aquellos tiempos.





Una mañana la vieja rata de agua sacó la cabeza por su agujero. Tenía unos ojos redondos muy vivarachos y unos tupidos bigotes grises. Su cola parecía un gran elástico negro.

Unos patitos nadaban en el estanque semejantes a una bandada de canarios amarillos, y su madre, toda blanca y con patas rojas, se esforzaba en enseñarles a hundir la cabeza en el agua.

—No podrán ser nunca de la alta sociedad si no aprenden a meter la cabeza —les decía.

Y les enseñaba de nuevo cómo hacerlo. Pero los patitos no prestaban ninguna atención a sus lecciones. Eran tan jóvenes, que no sabían las ventajas que brinda la vida en sociedad.

—¡Qué criaturas más desobedientes! —exclamó la rata de agua—. ¡Merecerían ahogarse, verdaderamente!

—¡No lo quiera Dios! —replicó la señora pata—. Todo requiere su aprendizaje y nunca es bastante la paciencia de los padres.

—¡Ah! No tengo la menor idea de los sentimientos paternos —dijo la rata de agua—. No soy padre de familia. Jamás me he casado, ni he pensado nunca en hacerlo. Indudablemente, el amor es una buena cosa, a su manera; pero la amistad vale más. Le aseguro que no conozco en el mundo nada más noble o más raro que una fiel amistad.

—Y dígame, se lo ruego: ¿qué idea se forma usted de los deberes de un amigo fiel? —preguntó un jilguero que había escuchado la conversación posado sobre un sauce cerca del estanque.

—Sí, eso es precisamente lo que yo quisiera saber —dijo la pata; y nadando hacia la orilla, hundió su cabeza en el agua para dar un buen ejemplo a sus hijos.

—¡Necia pregunta! —gritó la rata de agua—. ¡Como es natural, entiendo por amigo fiel al que me demuestra fidelidad!

—¿Y qué hará usted para corresponder? —dijo la avecilla, columpiándose sobre una ramita plateada y agitando las alitas.

—No lo comprendo —respondió la rata de agua.

—Permítame que le cuente una historia sobre este asunto —dijo el jilguero.

—¿Se refiere a mí esa historia? —preguntó la rata de agua—. Si es así, la escucharé con gusto, porque a mí me encantan los cuentos.

—Puede aplicarse a usted —respondió el jilguero.

Y, abriendo las alas, se posó en la orilla del estanque y contó la historia del amigo fiel.

—Había una vez —empezó el jilguero— un honrado mozo llamado Hans.

—¿Era un hombre verdaderamente distinguido? —preguntó la rata de agua.

—No —respondió el jilguero—. No creo que fuese nada distinguido, excepto por su buen corazón y por su cara redonda, graciosa y afable.

«Vivía en una pobre casita del campo y todos los días trabajaba en su jardín.

En toda la comarca no había jardín tan hermoso como el suyo. Crecían en él claveles, alhelíes, jacintos, margaritas, así como rosas de Damasco y rosas amarillas, ocre, lilas y doradas; y violetas moradas y blancas. Y, según los meses, y por su orden, florecían pensamientos y geranios, azucenas y jazmines, nomeolvides, madreselvas y orquídeas.

Una flor sustituía a otra. Por lo cual había siempre allí flores bonitas a la vista y olores agradables que respirar.

El pequeño Hans tenía muchos amigos, pero el más íntimo era el gran Hugo, el molinero. Realmente, el rico molinero era tan íntimo del

pequeño Hans, que no recorría nunca su jardín sin inclinarse sobre los macizos y tomar un gran ramo de flores o un buen manojo de hierbas aromáticas, o bien llenarse los bolsillos de ciruelas o cerezas, según la estación.

—Los amigos verdaderos lo comparten todo —solía decir el molinero.

Y el pequeño Hans asentía con la cabeza, sonriente, sintiéndose orgulloso de tener un amigo que pensaba tan noblemente.

Algunas veces, sin embargo, el vecindario encontraba raro que el rico molinero no diese nunca nada a cambio al pequeño Hans, aunque tuviera cien bolsas de harina almacenadas en su molino, seis vacas lecheras y un gran número de cabezas de ganado lanar; pero Hans no se preocupó jamás por semejante cosa. Nada le encantaba tanto como oír las bellas palabras que el molinero acostumbraba decir sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

Así, pues, el pequeño Hans cultivaba su jardín. En primavera, en verano y en otoño se sentía muy feliz; pero, cuando llegaba el invierno, y no tenía ni frutos ni flores que llevar al mercado, padecía un gran frío y mucha hambre, y se acostaba con frecuencia sin haber comido más que unas peras secas y algunas nueces rancias.

Además en invierno se encontraba muy solo, porque el molinero no iba nunca a verlo en aquella estación.

—No está bien que vaya a ver al pequeño Hans mientras duren las nieves —decía muchas veces el molinero a su mujer—. Cuando las personas pasan apuros hay que dejarlas solas y no atormentarlas con visitas. Esa es, por lo menos, mi opinión sobre la amistad, y estoy seguro de que es acertada. Por eso esperaré la primavera y entonces iré a verlo; podrá regalarme una gran canasta de margaritas, y eso lo alegrará.

—Eres realmente solícito con los demás —le respondía su mujer, sentada en un cómodo sillón junto a un buen fuego de leña—. Resulta un verdadero placer oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que el señor cura no diría sobre ella cosas tan bellas como tú, aunque viva en una casa de tres pisos y lleve un anillo de oro en el meñique.

—¿Y no podríamos invitar al pequeño Hans a venir aquí? —preguntó el hijo del molinero—. Si el pobre Hans pasa apuros, le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

—¡Qué bobo eres! —exclamó el molinero—. Verdaderamente no sé para qué sirve mandarte a la escuela. No aprendes nada. Si el pequeño Hans viniese aquí, ¡por Dios!, y viera nuestro buen fuego, nuestra excelente cena y nuestro gran ba-

rril de vino tinto, podría sentir envidia. Y la envidia es una cosa terrible que echa a perder los mejores caracteres. Realmente, no podría yo sufrir que el carácter de Hans se echara a perder. Soy su mejor amigo, velaré siempre por él y tendré buen cuidado de no exponerlo a ninguna tentación. Además, si Hans viniese aquí, podría pedirme que le diese un poco de harina fiada, lo cual me es imposible. La harina es una cosa, y la amistad, otra, y no deben confundirse. Esas dos palabras se escriben de modo diferente y significan cosas muy distintas, como todo el mundo sabe.

—¡Qué bien hablas! —dijo la mujer del molinero sirviéndole un gran vaso de cerveza caliente—. Me siento verdaderamente como adormecida, lo mismo que en la iglesia.

—Muchos obran bien —replicó el molinero—; pero pocos saben hablar bien, lo cual prueba que hablar es, con mucho, la cosa más difícil, así como la más hermosa de las dos.

Y miró severamente por encima de la mesa a su hijo, que sintió tal vergüenza de sí mismo, que bajó la cabeza, se puso casi rojo y empezó a llorar encima de su té. ¡Era tan joven, que bien se lo puede disculpar!».

—¿Ese es el final de la historia? —preguntó la rata de agua.

—Nada de eso —contestó el jilguero—. Este es el comienzo.

—Está usted muy atrasado con relación a su tiempo —repuso la rata de agua—. Hoy en día todo buen cuentista empieza por el final, prosigue por el comienzo y termina por la mitad. Es el nuevo estilo. Así lo he oído de labios de un crítico que paseaba alrededor del estanque con un joven. Trataba el asunto magistralmente, y estoy segura de que tenía razón, porque usaba anteojos azules y era calvo; y, cuando el joven le hacía alguna observación, contestaba siempre: “¡Pchs!”. Pero continúe usted su historia, se lo ruego. Me agrada mucho el molinero. Yo también llevo en mí toda clase de bellos sentimientos; por eso existe una gran simpatía entre él y yo.

—¡Bien! —dijo el jilguero, brincando sobre sus dos patitas.

«En cuanto pasó el invierno y las margaritas empezaron a abrir sus estrellas de un amarillo pálido, el molinero dijo a su mujer que iba a salir a visitar al pequeño Hans.

—¡Ah, qué buen corazón tienes! —le gritó su mujer—. Piensas siempre en los demás. No te olvides de llevar la canasta grande para traer las flores.

Entonces el molinero ató las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó la colina con la canasta al brazo.

—Buenos días, pequeño Hans —dijo el molinero.

—Buenos días —contestó Hans, apoyándose en su azadón y sonriendo con toda la boca.

—¿Cómo has pasado el invierno? —le preguntó el molinero.

—¡Bien, bien! —repuso Hans—. Muchas gracias por tu interés. He pasado mis malos ratos; pero ahora ha vuelto la primavera y me siento casi feliz... Además, mis flores van muy bien.

—Hemos hablado con mucha frecuencia de ti este invierno, Hans —prosiguió el molinero—, y nos preguntábamos qué sería de ti.

—¡Qué amable eres! —dijo Hans—. Temí que me hubieras olvidado.

—Hans, me sorprende oírte hablar de este modo —dijo el molinero—. La amistad no olvida nunca. Eso tiene de admirable, aunque me temo que no comprendas la poesía de la amistad... Y, entre paréntesis, ¡qué bellas están tus margaritas!

—Sí, verdaderamente están muy bellas —dijo Hans—, y es para mí una gran suerte tener tantas. Voy a llevarlas al mercado, donde las venderé a la hija del juez, y con ese dinero compraré otra vez mi carretilla.

—¿Comprarás otra vez tu carretilla? ¿Quieres decir entonces que la has vendido? ¡Es un acto bien necio!

—Con toda seguridad; pero el hecho es —replicó Hans— que me vi obligado a ello. Como sabes, el invierno es una estación mala para mí, y no tenía dinero alguno para comprar pan. Por eso vendí primero los botones de plata de mi traje de los domingos; luego vendí mi cadena de plata, y después mi flauta. Por último, vendí mi carretilla. Pero ahora voy a rescatarlo todo.

—Hans —dijo el molinero—, te regalaré mi carretilla. No está en muy buen estado. Uno de los lados se ha roto y los rayos de la rueda están algo torcidos; pero, a pesar de esto, te la regalaré. Sé que es una gran generosidad de mi parte y a mucha gente le parecerá una locura que me desprenda de ella; pero yo no soy como el resto del mundo: creo que la generosidad es la esencia de la amistad y, además, me he comprado una carretilla nueva. Sí, puedes estar tranquilo... Te regalaré mi carretilla.

—Gracias. Eres muy generoso —dijo el pequeño Hans, y su afable cara redonda resplandeció de alegría—. Puedo arreglarla fácilmente porque tengo una tabla en mi casa.

—¡Una tabla! —exclamó el molinero—. ¡Muy bien! Eso es precisamente lo que necesito para el techo de mi granero. Tiene un gran agujero y se mojará todo el trigo si no lo tapo. ¡Qué oportuno has estado! Realmente es de notar que una buena